

AUTOR Y SERIE SUPERVENTAS DE "THE NEW YORK TIMES"

JIM BUTCHER



RENEGADO

UNA NOVELA DE "THE DRESDEN FILES"

Harry se enfrenta a una tarea imposible. Debe limpiar el nombre de un centinela nada agradable mientras que, a la vez, debe mantenerlo escondido tanto del Consejo como de los cazadores de recompensas sobrenaturales que este ha enviado tras él. También debe descubrir la identidad del auténtico renegado y, por supuesto, evitar que a él mismo lo acusen de traición.

Un solo error puede significar que rueden cabezas. Literalmente.

*Para Bob
Que duermas bien.*

Agradecimientos

Me gustaría darle las gracias a Anne Sowards, mi maravillosa editora, a mi agente, Jenn Jackson, y a los pobres e incautos lectores cero. Me he enfrentado a ese tipo de problemas que un escritor solo puede imaginar, y todos me habéis sido de gran ayuda. Con un poco de suerte, encontraré la manera de devolveros el tiempo y el esfuerzo que me habéis dedicado.

Y, como siempre, gracias a Shannon y a JJ, que me quieren incluso cuando me pierdo dentro mi propia cabeza durante días.

1

El sol del verano se empeñaba en achicharrar el asfalto de las calles de Chicago, un terrible dolor de cabeza me había tenido tumbado la mitad del día y ahora un idiota estaba aporreando la puerta de mi apartamento.

Abrí y Morgan, con la mitad de la cara cubierta de sangre, soltó entre jadeos:

—Vienen los centinelas. Escóndeme. Por favor.

Se le pusieron los ojos en blanco y se desplomó.

Bien.

Genial.

Hasta ese momento me había estado engañando a mí mismo pensando que lo peor que me iba a pasar aquel día era esa jaqueca que me partía el cráneo por la mitad.

—¡Por todos los malditos demonios del infierno! —le espeté a la figura inconsciente de Morgan—. ¡Tienes que estar de broma!

Estuve muy muy tentado de cerrar de un portazo y dejarlo allí tirado hecho un guiñapo, de verdad. Maldita sea, se lo tenía merecido.

Sin embargo, no podía quedarme parado sin hacer nada.

—Estás mal de la cabeza. Háztelo mirar —susurré para mí mismo.

Desactivé mis refugios, los conjuros de protección que tengo como sistema de seguridad mágico en mi apartamento, agarré a Morgan por las axilas y lo arrastré dentro. Era un hombre grande, de más de metro ochenta y un

montón de músculo. Y pesaba como un muerto. Me costó meterlo, y eso que no se puede decir que yo sea pequeño.

Cerré la puerta a mis espaldas y volví a activar las protecciones. Luego agité una mano hacia el interior del apartamento y concentré mi voluntad.

—*Flickum bicus*—murmuré.

Las llamas de una docena de velas repartidas por toda la estancia cobraron vida en cuanto pronuncié aquel sencillo hechizo. Me arrodillé junto a Morgan, que seguía inconsciente, y examiné sus heridas.

Tenía una docena de cortes feos que supuraban y sin duda dolían, pero ninguno era mortal. La piel de las costillas del lado izquierdo se veía llena de ampollas y quemada, y su camisa blanca estaba chamuscada. Además, tenía una herida profunda en una pierna que estaba envuelta con torpeza en lo que parecía un delantal de cocina. No me atreví a descubrirla.

Podía volver a sangrar si lo hacía, y mis habilidades médicas no eran algo de lo que quisiera hacer depender la vida de nadie.

Ni siquiera la de Morgan.

Necesitaba un médico.

Por desgracia, si los centinelas del Consejo Blanco lo estaban persiguiendo, era probable que supiesen que se encontraba herido. Estarían, por tanto, vigilando los hospitales. Si lo llevaba a cualquiera de los servicios locales de urgencias, el Consejo lo averiguaría en pocas horas.

Así que llamé a un amigo.

Waldo Butters estudió en silencio los cortes de Morgan durante unos momentos mientras yo me dedicaba a dar vueltas a su alrededor. Butters era un tipo pequeño y delgado, con el pelo negro desordenado y de punta como el de un gato asustado. Llevaba deportivas, un pijama verde de médico y sus manos eran rápidas y hábiles. Sus ojos, oscuros y muy inteligentes, asomaban tras unas gafas de montu-

ra metálica negra y parecían los de alguien que no hubiese dormido en un par de semanas.

—No soy médico —dijo.

Ya habíamos jugado a aquello varias veces.

—Eres el Poderoso Butters. Puedes hacer cualquier cosa.

—Soy forense. Abro cadáveres.

—Si te sirve de ayuda, considera esto una autopsia preventiva.

Butters me dirigió una mirada tranquila.

—No podemos llevarlo a un hospital, ¿eh?

—Exacto.

Sacudió la cabeza.

—¿No es este el tío que intentó matarte aquel Halloween?

—Y unas cuantas veces más antes de eso —dije.

Abrió un botiquín médico y comenzó a rebuscar dentro.

—Nunca me quedó muy claro el motivo.

Me encogí de hombros.

—Cuando era niño maté a un hombre usando magia. Los centinelas me capturaron y el Consejo Blanco me juzgó.

—Supongo que te libraste.

Negué con un gesto.

—Consideraron que, ya que solo había tratado de sobrevivir y evitar que ese tío me asesinara con magia, quizá merecía un respiro. Sentencia aplazada, más o menos. Morgan era mi agente de la condicional.

—¿Condicional? —preguntó.

—Si yo la volvía a cagar, se suponía que él se encargaría de cortarme la cabeza. Me siguió a todas partes buscando una buena excusa para hacerlo.

Butters parpadeó, sorprendido.

—Pasé los primeros años de mi vida adulta vigilando mis espaldas, asustado por culpa de este tipo —seguí di-

ciendo—. Perseguido y acosado por él. Tuve pesadillas durante un tiempo, y él estaba en ellas.

A decir verdad, a veces aún tenía pesadillas en las que me perseguía un asesino implacable de capa gris que blandía una espada fría y vil.

Butters comenzó a humedecer el vendaje de la pierna herida.

—¿Y lo estás ayudando?

Me volví a encoger de hombros.

—Él pensaba que yo era un animal peligroso que había que sacrificar. Lo creía de verdad y actuó en consecuencia.

Me miró de soslayo.

—¿Y lo estás ayudando? —repitió.

—Se equivocaba —dije—. Eso no lo convierte en un villano. Solo en un gilipollas. No es razón suficiente para martarlo.

—Reconciliados, ¿eh?

—No especialmente.

Butters alzó las cejas.

—¿Entonces por qué acude a ti para que lo ayudes?

—El último lugar donde nadie lo buscaría, supongo.

—Dios santo —murmuró. Había retirado el vendaje improvisado y había encontrado debajo un corte profundo, de unos siete u ocho centímetros de largo, de bordes arrugados como una boca pequeña. Comenzó a brotar sangre de él—. Es como una herida de cuchillo, pero más grande.

—Sin duda porque se la hicieron con algo como un cuchillo, pero más grande.

—¿Una espada? —dijo—. Me estás tomando el pelo.

—La vieja escuela del Consejo. Muy muy muy vieja escuela.

Negó con la cabeza.

—Lávate las manos como acabo de hacer yo —dijo—. Límpiatelas a conciencia durante dos o tres minutos. Luego ponte un par de guantes y ven aquí. Necesito ayuda.

Tragué saliva.

—Esto, Butters, no sé si soy el más adecuado para...

—Venga ya, señor mago —dijo en tono irritado—. No tienes ningún tipo de excusa moral. Si vale que yo no sea médico, vale que tú no seas enfermero. Lávate las malditas manos y ayúdame antes de que lo perdamos.

Me quedé mirando a Butters, impotente. Entonces fui y me lavé las malditas manos.

Que quede claro, las operaciones no son bonitas. Tienes la horrible sensación de estar expuesto ante otro ser humano de una manera íntima y a la vez inapropiada. Es algo así como encontrarte por accidente con tu padre desnudo. Solo que con más vísceras. Hay pedazos que no deberían estar ahí fuera, al descubierto, y que están cubiertos de sangre. Es embarazoso, desagradable y perturbador. Todo a la vez.

—De acuerdo —dijo Butters una eternidad después—. Está bien, déjalo. Quitá las manos de en medio.

—¿Ha seccionado la arteria? —pregunté.

—Demonios, no —respondió—. Quienquiera que lo acuchillase apenas le cortó. Si no, ya estaría muerto.

—Pero lo has arreglado, ¿verdad?

—Según lo que entiendas por «arreglado». Harry, esto es cirugía rápida de lo más tosco que te puedas imaginar, pero a pesar de todo la herida debería permanecer cerrada mientras no se dedique a caminar por ahí. Y tendría que echarle un vistazo un médico de verdad lo antes posible. —Arrugó la frente, concentrado—. Dame un momento para que lo cierre.

—Todo el tiempo que necesites.

Butters trabajó en silencio y no volvió a hablar hasta que hubo terminado de coser y vendar la herida. Entonces se centró en otras más pequeñas. Vendó la mayoría y suturó una particularmente fea. Después aplicó un antibiótico de uso tópico en la quemadura y la tapó con cuidado con una gasa.

—De acuerdo —dijo—. He esterilizado los cortes lo mejor que he podido, aunque no me sorprendería que se infectaran de todas maneras. Si le entra fiebre o aparece mucha hinchazón, tendrás que llevarlo a uno de estos dos sitios: al hospital o a la morgue.

—Lo pillo —dije en voz baja.

—Deberíamos meterlo en una cama. Hacer que entre en calor.

—Vale.

Levantamos a Morgan usando el sencillo método de transportar la alfombra donde estaba tendido y lo pusimos en la única cama del apartamento, la pequeña que había en esa habitación del tamaño de un armario que era mi dormitorio. Lo tapamos.

—En serio, habría que conectarle una bolsa de suero —dijo Butters—. Puestos a pedir, una de sangre tampoco le haría daño. Y necesita antibióticos, tío, pero yo no puedo emitir recetas.

—Yo me encargo —dije.

Los ojos oscuros de Butters se mostraron preocupados. Empezó a hablar y se calló varias veces.

—Harry —dijo al fin—, tú eres del Consejo Blanco, ¿verdad?

—Sí.

—Y eres un centinela, ¿cierto?

—Cierto.

Sacudió la cabeza.

—Bueno, tu propia gente va detrás de este tío. No creo que estén muy contentos contigo si lo encuentran aquí.

Me encogí de hombros.

—Siempre están enfadados por algo.

—Hablo en serio. Esto solo te puede traer problemas. ¿Por qué lo ayudas?

Me quedé callado un rato mientras contemplaba el rostro inerte, pálido e inconsciente de Morgan.

—Porque Morgan jamás rompería las Leyes de la Magia —dije en voz baja—. Ni aunque le costara la vida.

—Pareces muy seguro de eso.

Asentí.

—Lo estoy. Lo ayudo porque sé lo que es tener a los centinelas pegados a tu culo por algo que no has hecho. — Me levanté y aparté la vista del hombre que yacía sin sentido en mi cama—. Lo sé mejor que nadie en el mundo.

Butters volvió a sacudir la cabeza.

—Pertenece a una especie rara de locos, tío.

—Gracias.

Empezó a recoger todo lo que había sacado para aquella cirugía improvisada.

—Entonces, ¿cómo van esos dolores de cabeza?

Migrañas cada vez más agudas. Habían sido un problema durante los últimos meses.

—Bien —le respondí.

—Sí, claro. De verdad que me gustaría que intentaras hacerte la resonancia magnética de nuevo.

La tecnología y los magos no se llevan bien, y eso incluye los aparatos de resonancias.

—Un bautizo al año a base de espuma de extintor es mi límite —dije.

—Podría ser algo serio —insistió Butters—. Cuando pasa algo en la cabeza o en el cuello, uno no se la debe jugar. Hay demasiadas cosas importantes ahí dentro.

—Se están atenuando —mentí.

—Y una mierda —dijo, taladrándome con la mirada—. Ahora mismo te duele, ¿a que sí?

Mis ojos pasaron de Butters al cuerpo tumbado de Morgan.

—Sí —contesté—. Tengo un dolor de cabeza de mil diablos.

2

Morgan dormía. Yo aún tenía grabada la primera impresión que en su momento me había producido aquel tipo: alto, muy musculoso y con un rostro flaco y hundido de los que siempre he asociado con ascetas religiosos y artistas medio locos. Tenía el cabello castaño con canas aquí y allá, y una barba que, aunque siempre bien recortada, parecía necesitar todo el tiempo unas semanas más para que le saliera por completo. Tenía unos ojos duros, inmutables, y el encanto tranquilizador de un taladro dental.

Dormido parecía... viejo. Cansado. Me fijé en las profundas arrugas de preocupación que tenía entre las cejas y en la comisura de los labios. Sus manos, grandes y de dedos redondos, revelaban más sobre su edad que el resto de él. Sabía que tenía más de cien años, lo cual para un mago ya era rondar la madurez. Tenía cicatrices a lo largo de ambas manos. Los grafitis de la violencia. Los dos últimos dedos de la derecha estaban rígidos y algo torcidos, como si hubiesen sufrido una rotura grave y se hubieran soldado sin haberlos recolocado bien. Sus ojos estaban hundidos, y la piel que los rodeaba era lo bastante oscura como para parecer moratones. Quizá Morgan tuviese malos sueños también.

Resultaba difícil tenerle miedo cuando estaba dormido.

Ratón, mi enorme perro gris, se incorporó de su lugar habitual de siesta en la cocina y arrastró las patas hasta ponerse a mi lado. Cien kilos de compañía silenciosa. Con-

templó con serenidad a Morgan y después levantó la vista hacia mí.

—Hazme un favor —le dije—, quédate con él. Asegúrate de que no intenta caminar con esa pierna. Eso podría matarlo.

Ratón me dio un golpecito en la cadera con su cabeza, soltó un leve resoplido y caminó despacio hacia un lado de la cama. Se tumbó en el suelo, estirado cuan largo era, y enseguida se quedó dormido de nuevo.

Dejé la puerta casi cerrada del todo y me hundí en el sillón junto a la chimenea, donde podía masajearme las sienes y tratar de pensar.

El Consejo Blanco de Magos era el órgano de gobierno que regulaba el ejercicio de la magia en todo el mundo, y estaba integrado por los practicantes más poderosos. Formar parte de él era algo similar a ganarse el cinturón negro en un arte marcial. Significaba que te las podías arreglar bien tú solo, que poseías un talento real que era reconocido por tus colegas. El Consejo supervisaba el uso de la magia por parte de sus miembros de acuerdo a las Siete Leyes de la Magia.

Que Dios amparase al pobre practicante que rompiera una de ellas. El Consejo enviaría a sus centinelas a impartir justicia, lo que por lo general implicaba una persecución despiadada, un juicio superficial y una ejecución rápida. Eso si no habían matado antes al infractor por resistirse al arresto.

Suena duro, y lo es. Sin embargo, con el paso del tiempo me he visto obligado a admitir que podría incluso ser necesario. El uso de la magia negra corrompe la mente, el corazón y el alma del mago que la utiliza. No sucede de inmediato ni sucede todo a la vez. Es algo lento e infeccioso que crece como un tumor, hasta que la necesidad de poder consume toda la empatía y compasión que una persona haya podido sentir alguna vez. Para cuando un mago ha caído en esa tentación y se ha convertido en un hechicero, ya hay

gente muerta. O peor que muerta. El deber de los centinelas era acabar con los hechiceros de una manera rápida. Por todos los medios necesarios.

No obstante, ser un centinela implicaba más que eso. También eran los soldados y protectores del Consejo Blanco. En nuestra reciente guerra contra las cortes vampíricas, la parte más dura de la lucha la habían llevado a cabo los centinelas, hombres y mujeres con un don para la magia rápida y violenta. Demonios, en la mayoría de las batallas, por llamarlas de alguna forma, había sido Morgan quien había estado en el centro de la pelea.

Yo había participado en la guerra, pero entre mis colegas centinelas los únicos que habían estado contentos de trabajar conmigo habían sido los reclutas más recientes. Los antiguos habían visto todas demasiadas vidas destrozadas por el abuso de la magia, y sus experiencias los habían marcado de una manera profunda. Con solo una excepción, yo no les gustaba, no confiaban en mí y no querían tener nada que ver conmigo.

Lo cual, en general, me parecía bien.

En los últimos años, el Consejo Blanco había descubierto que alguien estaba proporcionando información a los vampiros desde dentro. Había muerto mucha gente por culpa del traidor, pero él (o ella) nunca había sido identificado. Teniendo en cuenta cuánto me amaba el Consejo en general, y los guardianes en particular, el festival de la paranoia había evitado que mi vida se volviese demasiado aburrida. Sobre todo después de que me hubieran presionado para que yo mismo me uniese a los centinelas como refuerzo para la guerra.

Así pues, ¿por qué estaba Morgan aquí, pidiéndome ayuda justo a mí?

Diréis que estoy loco, pero mi yo suspicaz pensó de inmediato que Morgan trataba de embaucarme para que hiciese algo que me volviera a meter en líos serios con el Consejo. Diablos, ya había intentado matarme de la misma

manera en otra ocasión, hacía unos cuantos años. Sin embargo, la lógica descartaba aquella idea. Si Morgan no tenía problemas reales con el Consejo, esconderlo de una persecución que no existía tampoco podría provocarme a mí ninguno. Además, sus heridas revelaban más acerca de su sinceridad que cualquier razonamiento. No eran fingidas.

Estaba huyendo de verdad.

Hasta que no averiguase algo más sobre lo que pasaba, no me atrevía a acudir a nadie para que me echase una mano. No podía preguntarle sin más a mis colegas centinelas sobre Morgan sin que resultase obvio que lo había visto. Eso solo serviría para atraer su atención. Y si el Consejo iba tras él, cualquiera que lo cubriese se convertiría en cómplice del crimen y también lo perseguirían. No podía pedir ayuda.

«A nadie más», me corregí. No me había quedado otra opción que llamar a Butters. Pero, siendo sinceros, el hecho de que no tuviese ninguna relación con el mundo sobrenatural lo aislaría un poco de cualquier posible consecuencia provocada por su complicidad. Además, Butters se había ganado algo de buena reputación ante el Consejo Blanco la noche en que me había ayudado a evitar que una secta de nigromantes de tamaño familiar convirtiera a uno de sus miembros en un dios menor. Le había salvado la vida a por lo menos un centinela, a dos si me contáis a mí, y se encontraba en mucho menos peligro que cualquier otra persona vinculada a la comunidad.

Como yo, por ejemplo.

Dios, la cabeza me estaba matando.

No podría plantearme ninguna acción inteligente mientras no supiese más acerca de lo que estaba sucediendo. Y no me atrevía a empezar a hacer preguntas por miedo a atraer una atención que no deseaba. Lanzarme de forma apresurada a una investigación sería un error, lo cual signifi-